

hacían rueda y los rayos del sol poniente parecían fundir el oro de las ocho cabecitas, las dos niñas adornaban varas con los capullos de san miguel y los aseguraban con hilo. En las flores abiertas no había que pensar, porque de tocarlas una mariposa, dejaban caer al suelo los pétalos. Quedaron las ramas así adornadas, a modo de tirsos engalanados con flores rojas y con hojas verdes. Fueron agitados, para conocer la seguridad que tenían, entre la gritería de los chiquillos.

Beto también vendería en el mercado a los niños de la ciudad, que tanto gustan del sabor ácido de esta flor, los graciosos ramilletes, y compraría a las coquetas una vara de cinta del mismo color del cielo, a cada una.

¡No se podía quejar Juan Colorado de la imaginación de sus hijos! He aquí que no tenían con qué cubrirse, ni la comida abundaba y pensaban antes que en la manta y el pan, en dulzainas y cintas. ¡Ah! ¡Que en la vida todo lo que preocupa no ha de ser tan basto como la manta ni tan vulgar como el pan, y benditos los humildes que piensan en su miseria en tener música y en prender en su cabeza un trozo de tela de seda color de cielo!

Calculaba con Natividad en vender los canastos a noventa cada uno. Bien los valían y aún más, pues trabajados por mano experta en el oficio, estaban. ¿Veinte a noventa? Diez harían nueve colones; otros diez, otros nueve colones. Con dieciocho colones compraría manta para toda la familia, unos pantaloncillos para los muchachos, zaraza para las muchachas y Natividad. ¡Natividad, la pobre, que no tenía con qué salir donde la viera la gente! Pan, café, candelas...

El lucero de la mañana en lo menos que pensaba era en callar su luz, cuando la carreta de Juan cargada con los canastos, atravesó, dando tumbos, la tranquera. Los niños la despidieron con gritos y recomendaciones. Se alejó brincando pesada y alegre.

Los morales de fruta menuda y tallos prismáticos ponían en el aire su olor a incienso.

Entre las cestitas de Beto iban los tirsos de Chica y Felicidad. Como las niñas los dejaran toda la noche entre los berros del riachuelo, estaban frescos y en sus hojas se veía temblar gotas de agua cuando les caía el rayo de una estrella.

Bien entrado el día, llegaron a la ciudad.

Encontráronse con el padrino de los niños, quien convidó a Juan a echarse un *consuelo*.

Cuando arribaron al mercado, los ojos le bailaban y sentía dentro de la carne el deseo de retozar que se le despertaba cada vez que el ron le pasaba por la garganta. Una vez en él, supo que había abundancia de su mercancía. No fué posible colocarla a noventa la pieza. Tuvo que cederla en bulto a quien le ofreció más y dejó los veinte canastos por seis colones. Fué preciso ir a rociar el trato a una cantina cercana. Beto quedó sentado a la orilla de la acera, al lado de los vendedores de pájaros encerrados en jaulas de caña. El niño esperaba tranquilamente compradores.

Entre las cestitas, las flores de san miguel sonreían alegres en las varas y las moras regaban en torno suyo un perfume agrídulce. Los mosotillos brincaban entre las jaulas y echaban al aire su canto quejumbroso. El niño soñaba con la música de su dulzaina. Ya no se aburriría cuando fuese con el padre a labrar troncos... pues el tocaría y tocaría hasta que su padre le dijese: Callate Beto, que me tenés loco».

Pero, ¿dónde venderían dulzainas? Así que se desocuparan, su padre lo llevaría a buscarlas.

¿Y los sombreros de Baltasar y Juanico? Y las cintas de sus hermanas tenían que ser del mismo color del cielo... bien, bien.

En esto un tropel de gentes desembocó en la esquina, ¡Dios mío! ¿Qué veía? un policía llevaba a su padre, quien gritaba desafortadamente.

Echó a correr como un loco y se acercó. Juan Colorado, medio borracho, con el sombrero en una mano, lanzaba al aire una salva de gritos alegres, ensordecedores. El contento salvaje que la más pequeña gota de aguardiente ponía a correr dentro de él, salió a las cuatro copas, lo mismo que un torrente por su boca.

—Tata, tata, balbuceó Beto acercándose.

—¡Hola, Betillo! Es mi hijo, señor policía. Este señor me lleva porque estoy alegre, Betillo.

Y seguía gritando y haciendo gestos ridículos, insensatos. Las cestitas, los cuartillos de moras, los tirsos adornados de san miguel, todo se borró del pensamiento del niño que siguió a su padre tembloroso y sollozando.

La puerta del cuartel cerróse ante él y tras su padre.

A Juan Colorado lo llevaron a la sala de los detenidos: allí estaban dos borrachos sentimentales que se abrazaban y se decían palabras tiernas, un muchacho sorprendido robando gallinas y dos mujeres que riñeron en la calle y que seguían insultándose por lo bajo y lanzándose miradas furibundas.

Poco a poco la alegría de Juan se evaporó y ahora dormitaba con la cabeza caída sobre el pecho.

La corneta del cuartel tocó su fanfarria del medio día.

Por los cristales sucios de una ventana, veíase la punta de un pino que crecía en un jardín cercano.

A los dos borrachos les pasara su hora sentimental y miraban ante sí con cara de idiotas.

El pobre hombre comenzó a ver claro en sí. De la hoguera que ardió en su pecho y lanzó chispas por su boca, no quedaba sino un montoncillo de cenizas.

¡Jesucristo! ¿Qué había hecho? ¿Qué diría Natividad? No tuvo tiempo de meditar más. Fueron llamados ante el comisario. En la sala desnuda y fría, tras una mesa, un hombre joven con aires de pisaverde, se preparaba a juzgar, puliéndose las uñas. Tenía las manos de una dama.

Comenzó el interrogatorio y la repartición de castigos. Frunció el ceño e irguióse en su silla:

A los dos borrachos, diez colones de multa a cada uno y ya sabían lo que les tocaba si se repetía y los tomaban.

Al muchacho de las gallinas, le fué endilgado un sermón tonto, sin pies ni cabeza, en el cual se repetía a menudo la palabra honradez. Hablaba el juez sin dejar sus uñas, que dijéranse hechas de concha nácar:—¡Una semana de encierro!

Llególe el turno a Juan, quien comenzó a balbucear y a llamar coronel al comisario porque lo veía con galones.

—Sí, había gritado porque estaba alegre. Bebió unos tragos y después no podía estar con la boca cerrada. Lo debían soltar. ¿Qué habría sido de su hijo Beto? El señor coronel le perdonaría aquella ofensa. El era un hombre honrado. Don Juan Pacheco y don Esteban Solís podían servirle de testigos.

Por lástima y por ser la primera vez, se le impuso una multa de cinco colones, setenta y cinco céntimos, como si se tratara de un solo grito, cuando había alborotado todas las calles por donde pasara.

—«El hombre que apura una copa, no es un hombre honrado!»—Y este aforismo salió breve, terminante, y acompañado de un movimiento enérgico y afirmativo, de la boca del pequeño agente de policía, que casteñeteaba la lengua de gusto cuando un whiskey o un cognac la mojaban.

—¡Cinco colones y setenta y cinco céntimos o cinco con seis! Hubo que repetírselo varias veces para que comprendiera.

Mas, ¿de dónde los iba a tomar? Ciertamente era que en el bolsillo tenía sus seis colones, pero eran para comprar manta y ropa